

Los tiempos de la emoción

Eduardo Mendicutti

El corazón helado es una novela muy emocionante.

Es, desde luego, una demostración de sabiduría narrativa, un rotundo ejemplo de ambición narradora con causa, porque una historia como la que aquí se cuenta sólo puede contarse bien desde la ambición de una novelista dispuesta a echar el resto y a dejarse en el empeño lo que haga menester. Y es, desde luego, una novela apasionada, embravecida, expansiva, compleja, seductora, vigorosa, reivindicativa, republicana, roja.

Pero es, sobre todo, muy emocionante.

Porque es dolorosa, y trágica, pero delicada, y sensual, y a veces divertida, con ese humor vitalista y de supervivencia, un humor ocasional, rápido, pero certero, ese tipo de humor, tan difícil, y tan meritorio, entreverado en ocasiones de desesperación o de coraje o de melancolía, que tantas veces ha servido como protección y como alivio a tantos hombres y mujeres machacados por la vida y por la Historia.

Perdedores

El corazón helado es una historia de perdedores. Sólo que algunos de esos perdedores, los que durante tantos años han sido definidos como «los vencidos», en realidad nunca se dejaron vencer y siempre conservaron lo que de veras merece la pena conservar: la

El corazón helado: Almudena Grandes. Editorial Tusquets, Barcelona, 2007.

dignidad, la fidelidad absoluta a aquello en lo que creyeron, la conciencia alerta, y la limpieza de corazón. Los otros perdedores de esta historia, los que durante tantos años han sido definidos como «los vencedores», van enseñándonos en *El corazón helado*, página tras página, todo lo que en realidad perdieron en ese supuesto camino victorioso: el verdadero sentido de la lealtad, de la gratitud, de la nobleza de espíritu y de la justicia.

Y, sobre todo, esos supuestos vencedores perdieron la propiedad de la auténtica emoción.

Porque *El corazón helado* es, sobre todo, una novela muy emocionante, pero lo que nos emociona, lo que nos conmueve de verdad, una y otra vez, a lo largo (en realidad, a lo corto) de estas mil páginas, es la fuerza, la fidelidad, la temeridad, la desdicha, la resistencia, la generosidad, el coraje de quienes lo perdieron todo, porque se lo quitaron todo, pero se empeñaron en retenerlo todo, en resguardarlo todo en el fondo de su alma.

Y en medio de esos dos bandos de perdedores que atraviesan la novela desde la Guerra Civil hasta la Transición, están, con su devastadora pero radiante historia de amor, Álvaro Carrión Otero y Raquel Fernández Perea, una pareja de hoy mismo, de ahora mismo. También ellos, sin comerlo ni beberlo, son perdedores, aunque nunca dejarán de pelear por vencer sobre todas sus pérdidas, pero son perdedores y lo descubrirán de manera abrumadora y sin remisión conforme se vayan descubriendo el uno al otro, que es lo mismo que decir conforme vayan descubriendo lo que uno y otro cargan en sus respectivos pasados familiares. Toda la historia reciente de este país, toda la tragedia de las dos Españas, toda su fatalidad heladora, gravita sobre el presente de Álvaro y Raquel, sobre sus celos, sus revelaciones, sus huidas, sus regresos, sus penas y sus gozos. Por eso, seguirles desde que se descubren el uno al otro por primera vez, durante el entierro del padre de Álvaro, hasta que Raquel le abre la puerta a Álvaro sin decir nada, sin necesidad de decirle «sube», «y él entra en un ascensor diminuto con la maleta de los viajes largos y su historia a cuestas», seguirles a lo largo de su apasionada, complicada, dolorosa, delicada, emocionante historia de amor, es abrir un libro caudaloso, multitudinario, inevitable, imparabile, inolvidable. Esta novela.

Del lado de la emoción

El corazón helado es una novela que, para qué negarlo, toma partido. Pero toma partido porque no tiene otro remedio. Y eso que los personajes, todos y cada uno de los hombres y mujeres de la novela, viven en ella de verdad, con sus propias y complicadas historias familiares, con sus complejas personalidades, con sus seguridades y sus dudas, con sus miserias y sus gestos nobles, con su dignidad y sus flaquezas.

Hay un admirable tino del narrador omnisciente de la mitad de los capítulos de la novela para penetrar en las vidas de sus personajes más ruines sin esquivar aquellos rasgos que quizás, en algún momento, en algunas circunstancias, pudieran justificar su comportamiento, sus mezquindades, sus canalladas, sus traiciones –incluso las más terribles e incomprensibles– y su apuesta interesada por el olvido, cuando el olvido juega a favor de ellos, que es casi siempre. Por eso, en esta novela, hay muchos momentos que tienen una extraña dignidad aunque estén protagonizados por personajes que, sin embargo, van revelando constantemente su miseria moral.

Y al contrario. En la novela también hay momentos de debilidad, de flaquezas lacerantes, de decisiones oscuras e hirientes, protagonizadas por algunos de los mejores personajes del libro, los más nobles, los más leales, los más generosos, los más hermosos. Así es la condición humana, una mezcla de luces y de sombras, aunque, desde luego, hay condiciones humanas y condiciones humanas. Y, en *El corazón helado*, como en la vida misma, la verdadera emoción, y la más poderosa, la más contagiosa, la más duradera, la más memorable – en realidad, la que al final el lector identifica como la única emoción que merece la pena – es la de esos hombres y mujeres en cuyas vidas de sufrimiento y resistencia las luces de la condición humana son deslumbrantes, y las sombras, las justas e inevitables para que todos comprendamos que no son santos capaces, por designios supremos, de aguantar lo que les echen, sino criaturas de carne y hueso con unas dosis de entereza y grandeza interior cuyo mérito corresponde exclusivamente a ellas.

Por eso he dicho que esta novela no tiene más remedio que tomar partido. Porque, a la hora de tomar partido, y después de

todas las teorías y todas las reflexiones y todos los datos que sean precisos y pertinentes, nunca hay mejor guía que la emoción.

El arte de contar

Claro que, en una novela, si los momentos emocionantes no se apoyan en una rigurosa y potente técnica narrativa, se quedan en puros desagües sentimentales. Y la técnica narrativa de *El corazón helado* es espectacular. Una gran novela como ésta no se puede construir, no se puede sostener sin un dominio casi insultante de las técnicas de contar. Unas técnicas de contar que, fundamentalmente, se centran en tres asuntos mayores: el punto de vista, el manejo del diálogo y otras construcciones coloquiales, y el manejo del tiempo.

En *El corazón helado*, el punto de vista se desdobra: por una parte, está la narración en primera persona que hace Álvaro Carrión, y por otra, el relato de ese narrador en tercera persona que sigue todas y cada una de las demás historias de la novela. Esta tercera persona narrativa tiene su raíz en la novela decimonónica, en la novela galdosiana, pero en su despliegue no tiene nada que ver con ella. Es una voz siempre enormemente respetuosa con el lector, una voz que no se permite apropiarse en crudo de los sentimientos y pensamientos de los personajes, y que logra siempre emocionarnos a partir de situaciones o expresiones concretas, perfectamente trazadas, desarrolladas y resueltas. Dicho de otra manera: la voz narradora no se dedica a contarnos lo que los personajes cuentan o recuerdan, sino a mostrar a esos personajes en unas circunstancias que van empapándose, poco a poco, o de una manera muy impulsiva y atrevida, de emoción. Y en cuanto a la voz de Álvaro y su narración en primera persona, no creo que se pueda alcanzar una mejor combinación de honradez narrativa y poderosa cordialidad, entendiendo la cordialidad como el conjunto de todas las vicisitudes emocionales posibles, desde las más gozosas a las más dolorosas.

El uso del diálogo y de otras construcciones coloquiales es, en esta novela, por decirlo sin más rodeos, puro virtuosismo. La manera de hablar de cada personaje y lo que dicen y cuentan, en

cada momento de sus vidas, están ahí, recreados con una nitidez y una expresividad magníficas, bien mediante los diálogos en su presentación habitual, o bien incorporados a la narración, entrometidos en la narración con una osadía, una naturalidad, un ritmo y una sonoridad acaparadoras, y no se me ocurre un adjetivo más apropiado. Por eso *El corazón helado* es también, constantemente, una hermosa epifanía de palabras siempre reconocibles, y de sus ecos, siempre sorprendentes.

Pero es quizás en el manejo del tiempo narrativo donde *El corazón helado* resulta más singular y seductora. Contar todo ese periodo de tiempo de la historia de España, desde las vidas de tantos personajes, podría hacerse de una manera lineal y según una composición clásica, estrictamente cronológica, pero se me antoja que eso requeriría al menos cincuenta tomos. Almudena acierta a desplegar la historia mediante una mezcla sapientísima de los tiempos, una combinación en la que no participan solamente el presente y el pasado, con la abundante, libérrima y, sin embargo, disciplinada utilización del originalmente cinematográfico *flash back*, sino también, del futuro, con un sentido fulgurante de la anticipación, con llamadas de atención repentinas y perfectamente colocadas a la huella imperecedera que determinados acontecimientos o determinadas emociones dejarán de por vida, y sin comparación posible con ninguna otra, en el corazón y la memoria de los personajes. En esto punto, tengo que advertir que el lector siente más de una vez que la novelista se comporta con los lectores de una manera algo perra: el lector está leyendo alguna de las historias apasionantes del libro, y está deseando, está necesitando saber YA cómo termina, y entonces la narración se interrumpe, se ensancha, se ahonda, se enriquece, y el desenlace se aplaza. Y regresa luego, en algún momento, certeramente enganchado a una imagen, un diálogo, una situación, y, por encima de todo, una emoción. Por eso hay que decir, enseguida, que el lector jamás se queda frustrado por esa manera de la novelista de jugar con su interés, incluso con su intriga –y habrá que señalar especialmente el prodigioso modo de rematar cada capítulo– porque todo lo que le ofrece a cambio es más verdad, más memoria y más emoción.

Se me podrá decir que ya está bien de emociones. Lo siento, aún me queda una. Y es que la novela ofrece a los lectores anda-

luces una especial y maravillosa oportunidad de emocionarse. Hacia la página 600 se narra la visita a España, que no el regreso, a mediados de los sesenta del siglo pasado, de Ignacio Fernández Salgado y Raquel Perea, los que luego serían padres de Raquel Fernández Perea. Es la época en la que está arrancando en España el desarrollo turístico, y ese chico y esa chica que han nacido en Francia, hijos de exiliados españoles, sienten un despego lógico de la sobredosis de nostalgia y de reivindicaciones republicanas de sus padres y de sus abuelos. Pero llegan, en un típiquísimo viaje turístico, a Andalucía. Y aquí se produce la revelación, la identificación con la peripecia política, vital y sentimental de sus padres y de sus abuelos. Utilizando materiales de los que cualquier otro novelista español me temo que ahora huiría como del diablo, por lo que tienen de imágenes excesivamente evidentes, según algunos, de lo típicamente español –el flamenco, el baile, la Semana Santa, los monumentos más fotografiados y promocionados de las ciudades andaluzas, el jamón serrano, el vino...– Almudena Grandes levanta en el corazón de ese muchacho y esa muchacha todo un homenaje a la memoria necesaria y compartida, incluso por parte de quienes no han tenido ocasión de vivir todo lo que es imprescindible recordar. Si yo tuviera alguna mano en la Junta de Andalucía, me ocuparía de que esas páginas de *El corazón helado* recibieran el reconocimiento que se merecen.

En cualquier caso, el reconocimiento brotará en los ojos de cada lector cada vez que la emoción le ponga el corazón en un puño. Constantemente ©